

en 22 de enero, escribía nuevamente á Radetzky desde Toul diciéndole que si Napoleón se situaba en Chalons estaba perdido, pues el ejército silesio, caso de que contara con socorros, lo detendría allí mientras el resto del ejército se dirigiera á París. «No puede situarse en Chalons mas que impulsado por un motivo, á saber: el deseo de estar cerca de las municiones de artillería y de los pertrechos de guerra que todavía existen en las antiguas fortalezas francesas de las fronteras de Flandes. De modo que se encuentra en la cruel alternativa de tener que separarse ó de los recursos de su población ó de los recursos de guerra. Creo, sin embargo, que no aceptará la batalla en Chalons sino cerca de Paris. Esta

batalla no será sangrienta ni peligrosa. Después de ella, podremos descansar y firmar la paz con toda reflexión (1).»

Blucher, confiado en que no tenía que temer ningún ataque serio y mucho menos de parte del mismo Napoleón, había emprendido con su vanguardia, compuesta solamente de 27,000 rusos — el cuerpo de Sacken y la división Olsufieff del cuerpo de Langeron — la marcha por el camino de Nancy en dirección al Marne; había pasado este río en Joinville, y avanzando luego hacia el Aube, en cuya orilla derecha hizo ocupar á Brienne-le-Chateau y á Trannes por Olsufieff y Sacken respectivamente. Menos confiados estaban en el cuartel general de Langres, donde el príncipe Schwarzenberg decía,



Batalla de La Rothiere: Napoleón á la cabeza de una división de la guardia recobra el caserío de La Giberie

en un documento de 26 de enero, que había pasado ya el tiempo en que podría haberse contado con la ausencia del enemigo y que era imposible que Napoleón no hubiese aprovechado los tres meses transcurridos desde su regreso á París, de modo que cabía asegurar que, además de los 40 ó 50,000 soldados veteranos y bisoños mezclados que hasta entonces había enseñado á los ejércitos aliados, podía disponer por lo menos de 70,000 quintos (2). Esta última cifra era un tanto exagerada, pero en cambio la primera resultaba mas baja de lo que era en realidad.

En Vitry-sur-Marne, en Arcis-sur-Aube y en Troyes-sur-Seine encontrábase lo que se podía denominar guardia de corps del decadente imperio. En el Marne, los mariscales

morale carta que se conserva en el Archivo de la Guerra, de Viena. En la copia insertada por Pertz en su: *Gneisenau*, tomo IV, pág. 159, se dice, como en todas las demás copias: «Una tal batalla,» lo cual no tiene sentido.

(1) Esta carta interesante y detallada ha pasado hasta ahora completamente inadvertida. Se encuentra también en el Archivo de la Guerra, de Viena.

(2) *B*, págs. 47-48.

Marmont, Víctor y Ney habían concentrado unos 24,000 hombres y una formidable artillería compuesta de 120 cañones bastante bien montados; en el Aube estaba el general Gerard con 6,000 hombres de la reserva, y en el Sena el mariscal Mortier con 15,000 hombres de la antigua guardia, de caballería y de infantería; además, Lefevre-Desnouettes mandaba la caballería ligera de la guardia, compuesta de 3,000 hombres y auxiliada por mil infantes. Macdonald había emprendido la marcha al través de las Ardenas con 12,000 hombres. Con solas estas fuerzas, 62,000 hombres en junto, acometió Napoleón la empresa de atacar, entre el Marne y el Sena, á las columnas izquierda y derecha sucesivamente de los aliados, atajándolas de este modo en su marcha de avance sobre Paris (3). El día 29 de enero dirigió su primer ataque contra las posiciones que ocupaba Blucher delante de Brienne, intentando con fuerzas de artillería, caballería é infantería muy superiores, antes de que llegara la noche, arrebatar á los rusos de Blucher la ciudad y el castillo de aquel nombre. «En el momento de mayor peligro, — dice un testigo presen-

(3) Todas estas cifras están tomadas de Thiers, t. XVII, pág. 217.

cial (1), — ejecutó el feld-mariscal Blucher uno de aquellos movimientos atrevidos que alcanzan las victorias, decidiendo con él el éxito de la jornada: dió, en efecto, órden á la caballería de que se apartara de repente á la izquierda del camino en que se había trabado la batalla y envolviendo el flanco derecho del enemigo le atacara por la espalda, mientras que simultáneamente le atacaba por el flanco izquierdo la infantería del general Sacken. Para efectuar este movimiento solo se necesitaba el tiempo que mediaba entre el crepúsculo y la oscuridad de la noche, á fin de ocultarlo á las miradas del enemigo. Los dragones rusos avanzaron, llegaron al sitio conveniente y penetraron entre las filas de los franceses re-

partiendo sablazos por todos lados, dispersando todo cuanto á su paso encontraron hasta la entrada de la ciudad y apoderándose de 12 cañones, de los cuales se llevaron 8, y un águila. El enemigo se retiró en el mas completo desorden. Los franceses no volvieron en sí de su espanto hasta una hora después y entonces volvieron á avanzar. En la ciudad la lucha continuó encarnizada hasta media noche; por último, á las tres de la madrugada ordenó Blucher la retirada general á Trannes, donde permaneció hasta que llegó el grueso del ejército, cuya aparición cambió por completo la situación de las cosas. Schwarzenberg resignó en Blucher el mando sobre los austriacos del cuerpo de Giulay, el cuerpo



Batalla de Montmirail.

del príncipe heredero de Wurtemberg y los granaderos rusos (2). Reforzado con estas tropas, emprendió Blucher el día 1.º de febrero, al mediodía, un violento ataque contra las posiciones de los franceses en La Giberie, La Rothiere y Dienville. La Giberie y Dienville fueron atacadas por los wurtembergueses y los austriacos respectivamente, siendo conquistadas y conservadas después de varias horas de lucha. El general Sacken sostuvo la lucha principal en La Rothiere, que era la clave de las posiciones enemigas y donde Napoleón en persona dirigió la batalla al frente de la

guardia. Los rusos penetraron por asalto en la aldea, arrojando de ella al enemigo, pero repuesto éste, volvió con mayores fuerzas de infantería y de artillería, entró de nuevo en la población y posesionándose de la iglesia se mantuvo allí hasta la noche. A las diez, la intrepidez de los rusos consiguió arrojarle nuevamente causándole grandes pérdidas, tomándole muchos cañones y haciéndole muchos prisioneros. Blucher pernoctó en el mismo castillo de Brienne que durante la noche del 29 había tenido que abandonar con peligro de su vida. Desde allí escribió el día 2 de febrero: «Se ha librado la gran batalla: ayer derroté por completo al emperador Napoleón que se ha retirado decididamente á Paris: pronto tendremos la paz, porque ya no puede resistirnos por mas tiempo. Sesenta cañones y muchos prisioneros han caído en mi poder; el número de muertos es muy grande, porque los rusos estaban irradísimos. El emperador de Rusia y nuestro rey asistían á la lucha como espectadores, pero todo lo fiaron á mí. Solo tuve á mi lado cinco prusianos, los demás eran rusos, austriacos y wurtembergueses. El emperador Napoleón tenía 30,000 hombres; yo no tenía 60,000 completos. Alejandro me apretó la mano y me dijo: «Blucher, hoy ha-

(1) El coronel Hudson Lowe, en una memoria no impresa todavía y fechada en Arsonval en 30 de enero. De los papeles del general C. Stewart.

(2) Es indudablemente una medida sin ejemplo en los fastos de la historia el hecho de que un general en jefe dé á un general subordinado de su propio ejército principal los medios de poder aceptar una batalla y le permita trabarla con entera independencia en su propia presencia. Lo que no está probado es si este magnánimo proceder fué espontáneo en el príncipe, como prueba de reconocimiento del talento militar de su general subordinado, ó si le fué ordenado por el monarca. Nostitz: *Diario*, tomo I (Monografías de la historia de la guerra, 1884, cuaderno V), pág. 83.

beis coronado vuestras victorias; la humanidad os bendecirá.» Para mí fué aquel día el más feliz de mi vida, pues en él lo he decidido todo: si Napoleón conserva la corona, habrá de considerarla como un regalo que le hacen nuestros monarcas. Pero yo no creo que la conserve: dentro de ocho días estaremos delante de París. Cuando esta mañana, al rayar el alba, aparecí delante de mis tropas, fui recibido con un hurra que hizo asomar lágrimas á mis ojos. Ayer por la noche me encontraba horriblemente fatigado, pero después de cinco horas de sueño vuelvo á sentirme completamente bien. Mi fiel ayudante, Gneisenau, merece por muchos conceptos mi gratitud. No puedo escribir más, pues todo el cuerpo me tiembla todavía (1).» Todos los que habían presenciado la batalla creían firmemente, bajo la impresión que les había producido, que con ella quedaba todo definitivamente resuelto y que Napoleón estaba abatido y por completo desarmado. Por lo menos, el emperador Alejandro estaba de ello tan convencido como el general Blücher. Mas adelante veremos cuán funestas consecuencias para el ejército silesio tuvo esta falsa creencia de uno y otro.

Napoleón estaba muy desanimado. Retirado á Troyes, hizo que desde allí se escribiera, en 5 de febrero, al duque de Vicenza, que se encontraba en Chatillon, diciéndole que le daba carta blanca para llevar á feliz cima las negociaciones de paz, para salvar la capital y para evitar una batalla en la cual habrían de jugarse las últimas esperanzas de la nación (2).

En virtud de un acuerdo tomado en Langres en 29 de enero, habíanse reunido en Chatillon-sur-Seine, el mismo día 5 de febrero, los plenipotenciarios de los aliados para negociar la paz con el plenipotenciario de Napoleón ó, por mejor decir, para presentarle bases de paz que Napoleón había de rechazar, dando con ello pretexto á la publicación de un nuevo llamamiento á los franceses contra su emperador (3). El programa de paz que ya en la segunda sesión (7 de febrero) fué leído por el conde Stadion, era un golpe mortal para Napoleón y todo su sistema, pues en él se exigía que Francia volviera á quedar reducida á las fronteras que tenía antes de la Revolución y renunciara, por tanto, á toda influencia inmediata fuera del territorio que abarcaban sus futuras fronteras, lo cual implicaba especialmente la renuncia de Napoleón á toda supremacía y á todo protectorado sobre Italia, Alemania y Suiza.

Quedaba, pues, derogado lo de las «fronteras naturales» consignado en la declaración de 9 de noviembre, exigiéndose ya con todo lo demás la renuncia á los países belgas y alemanes de la izquierda del Rhin, exigencia que era precisamente lo que hacía inaceptable para Napoleón el nuevo programa. Bélgica y los territorios rhinianos de Alemania constituían la conquista de la República, la conquista conseguida en los primeros días gloriosos de aquella lucha entre la nueva Francia y la vieja Europa; eran los países no solo adquiridos por la espada y por los tratados sino además anexionados, al parecer, en virtud de interiores modificaciones; eran las primeras provincias ganadas por la triunfante guerra revolucionaria contra el despotismo clerical y feudal. Napoleón había prometido defender «la inviolabilidad del territorio de la República» al prestar su juramento de emperador en 18 de mayo de 1804, lo cual era ciertamente lo menos que podía jurar y cumplir. En 18 Brumario había apostrofado al Directorio que se venía abajo, diciéndole: ¿qué habeis hecho de Francia? Y á la verdad aquel gobierno había sido el más ruin

(1) *Revista histórica*, tomo LIV (1885), pág. 401-402.

(2) *Corresp.*, XXVII, pág. 185, nota.

(3) Así lo dice el protocolo de 29 de enero, B, pág. 36.

y despreciable de cuantos había tenido la Francia, y sin embargo, Austria, Prusia y el Imperio le habían cedido la Bélgica y los territorios del Rhin en virtud de los tratados de Campo Formio y de Rastadt ajustados con todas las reglas del derecho público. Si á la sazón el emperador, el advenedizo de la Revolución armada, el heredero de la República que había sido señora del mundo, entregaba lo único que ésta le había dejado como imposible de perder, ¿qué contestaría cuando le preguntaran: «¿qué has hecho de la Francia del Directorio?» Es preciso tener esto presente para comprender el modo cómo recibió el protocolo de Chatillon. Después de haberlo leído se encerró en su gabinete, permaneciendo en él algunas horas sin permitir que nadie se le pusiera delante. Por fin, pudieron entrar Berthier, el príncipe de Neunburgo y Maret, duque de Bassano, es decir los más fieles de toda su corte, los que nunca se hacían importunos expresando una opinión propia. Napoleón les mostró el documento, sin decirles una palabra, y habiéndolo leído permanecieron un rato silenciosos, hasta que al fin se atrevieron á hablar de la inevitable necesidad de ceder, oyendo lo cual el emperador se levantó bruscamente y dijo: «¿Qué, queréis que yo firme este tratado pisoteando mi juramento? Desgracias inauditas pudieron arrancarme la promesa de renunciar á las conquistas que yo había hecho, pero querer que yo ceda lo que fué conquistado antes de mí, que entregue el depósito que con tanta confianza me ha sido confiado, que en premio de tantos trabajos, de tanta sangre y de tantas victorias deje á la Francia más pequeña de lo que la he encontrado, ¡jamás! ¿Podría hacerlo sin hacerme reo de cobardía ó de traición? — Francia necesita la paz, pero la que se me quiere imponer traería mayores males que la más encarnizada guerra: meditado bien. ¿Qué sería yo á los ojos de los franceses si firmara su degradación? ¿Qué podría contestar á los republicanos del Sena cuando me pidieran sus fronteras del Rhin? ¡Dios me libre de tal vergüenza (4)!» Durante el resto del día y en vista de las cartas de Marmont y de las que le llevó un correo de Macdonald, concibió su nuevo plan y cuando se le presentó el duque de Bassano con los despachos que había redactado para enviarlos á Chatillon, salió al encuentro diciendo: «¡Ah, ya estás aquí! Ahora se trata de muy distintas cosas. En este momento estaba derrotando mentalmente á Blücher: éste marcha por el camino de Montmirail á París; le salgo al paso, le derroto mañana y vuelvo á derrotarle pasado mañana. Si la operación tiene el buen éxito que ha de tener, cambiará por completo la faz de la situación, y luego ¡ya veremos!» Los aliados le creían retirándose precipitadamente á París por el Sena en dirección al Sur, en vez de lo cual se dirigió al Norte del río y colocándose entre las columnas de marcha del ejército silesio, muy separadas unas de otras, les causó daños sobre daños.

Después de la batalla de 1.º de febrero habíase celebrado en el castillo de Brienne un gran consejo de guerra que adoptó los siguientes oportunos acuerdos: Schwarzenberg con los 120,000 hombres del ejército principal debía perseguir á Napoleón por el valle del Sena, mientras Blücher, descen-

(4) Fain: *Manuscrito de 1814*, París, 1821, págs. 71-72. En concordancia con estas manifestaciones, en 19 de enero escribió La Besnardière al duque de Vicenza, á consecuencia de una entrevista celebrada con el emperador: «El sistema que pone de nuevo á Francia dentro de sus antiguas fronteras es inseparable del restablecimiento de los Borbones, porque solo éstos podrían ofrecer una garantía del mantenimiento de este sistema, é Inglaterra lo comprende así: la paz de este modo hecha con él (Napoleón) no duraría tres años. Napoleón no dejará á la Francia menos grande de lo que la recibió, de modo que si los aliados proponen las antiguas fronteras, no ve más que tres partidos: combatir y vencer, combatir y morir, ó abdicar si la nación no le apoya.» Vitrolles: *Memorias*, tomo I, pág. 428.

diendo por el del Marne, debía rechazar al mariscal Macdonald, que se encontraba con unos 10,000 hombres en Chalons. Para conservar la cohesión entre ambos ejércitos, los 12,000 hombres del general Wittgenstein y los cosacos de Seslawin debían avanzar por la orilla derecha del Aube. Blücher, que después de la batalla de 1.º de febrero había agregado á sus fuerzas los 18,000 hombres del general Sacken y 4,000 de la división de Olsufieff, debía encontrar en el Marne el cuerpo de York con 18,000 hombres y ser reforzado luego con 9,000 de Kleist y 8,000 de Kapzewitz, pertenecientes estos últimos al cuerpo de Langeron. Blücher cumplió la misión que le estaba encomendada con su acostumbrada puntualidad: el día 4 de febrero los rusos de Sacken y de Olsufieff se encontraban ya entre Sommesous y Fère-Champenoise; el día 5 se dirigió al Norte para combatir á Macdonald, que, arrojado de Chalons por York, huía hacia Epernay. Si se establecían las comunicaciones con York y si Kleist y Kapzewitz llegaban á tiempo oportuno, Blücher podía considerarse, con 57,000 hombres, bastante fuerte para resistir cualquier ataque de Napoleón (1). Kleist y Kapzewitz llegaron efectivamente el día 9 á Vertus, desde donde Blücher, lleno de gozo y de confianza, escribía al día siguiente á su esposa: «Ahora, — decía, — vamos á París: veremos si Napoleón presenta batalla: no lo creo (2).» Y en el mismo día en que esto escribía, la desgracia descargó sobre su ejército.

El emperador Alejandro había procedido de una manera lamentable en la ejecución del plan de marcha combinado en Brienne (3). Desde Bar-sur-Seine había expedido una tras otra, en 6 y 7 de febrero, dos órdenes al general Blücher. Decía la primera que Wittgenstein contaba con fuerzas harto escasas y que por lo tanto debía unírsele inmediatamente Kleist, debiendo, en cambio, ponerse á las órdenes de Blücher Winzingerode con su cuerpo, procedente de los Países Bajos. Por la segunda se disponía que para el caso de que el ejército consiguiera llegar hasta París, no entrara en la ciudad sino que esperase la llegada de los monarcas. Hablando de estas dos órdenes dice Muffling, á la sazón general de Estado mayor de Blücher: «Combinando esto con el alejamiento del cuerpo de Kleist, parece indudable que el emperador Alejandro temía que el ejército de Silesia persiguiera con demasiado apasionamiento su objetivo, París, y que quería aplacar del modo más seguro este ardimiento: a.) alejando tropas (pues Winzingerode no podría unirse al ejército silesio en dos ó tres semanas), y b.) dando orden de que no se entrara en París. Por lo demás, estas dos distintas órdenes demuestran que en el gran cuartel general todavía se creía en 7 de febrero completamente segura la situación del ejército silesio.» Esto aparece tanto más probado, cuanto que el día 6 de febrero escribía también Schwarzenberg á Blücher: que Napoleón se había retirado de Troyes á Nogent-sur-Seine, que no le persiguiera sino que siguiera avanzando por la izquierda de Sens (junto al Yonne) hacia Fontainebleau, y que Kleist se encontraría, en la dirección de Nogent-sur-Seine, con Wittgenstein, que se hallaba todavía entre el Aube y el Sena. Esas tres órdenes llegaron al cuartel general de Blücher en la mañana del 9 de febrero y á consecuencia de ellas ordenóse, al mediodía, á los cuerpos de Kleist y Kapzewitz que desde Vertus se encaminaran á Fère-Champenoise, quedando completamente solo en Champaubert el general Olsufieff. Esta marcha se verificó el día 10 de febrero y fué causa

de que los dos cuerpos, en vez de continuar en el camino de París, que les habría conducido á donde se encontraba Olsufieff, se encontraran separados de éste por el pantano de Saint-Gond, por lo cual Olsufieff se vió completamente abandonado cuando el día 10 fué atacado por el enemigo.

Olsufieff se encontraba en Champaubert, á la salida del camino secundario, entonces pésimo y en algunos puntos intransitable, que conducía desde Nogent-sur-Seine, pasando por Villenoise y Sezannes, al camino militar de Chalons á Laferté-sous-Iouarre, y después de atravesar esta vía continuaba hasta Epernay-sur-Marne. Por este camino avanzó Napoleón el día 9 de febrero con 30,000 hombres; cayó el día 10 y junto á la aldea de Baye, con fuerzas muy superiores, sobre el pequeño cuerpo ruso, arrojó á sus valerosos adversarios hacia Champaubert y por fin hizo prisionero al general con su Estado Mayor, sus cañones y 3,000 hombres. Los que pudieron escapar de aquella matanza huyeron unos por el Oeste á Montmirail y otros por el Este á Etoges. El día 11 de febrero Napoleón dirigióse precipitadamente á Montmirail y libró al otro lado de la ciudad, contra el general Sacken, que insensatamente se opuso á su paso, una batalla sangrienta que obligó á los rusos á retirarse á Chateau-Thierry, junto al Marne, donde los recibió el general York. En el camino que conduce á este paso del río, Napoleón atacó en 12 de febrero á los dos generales con gran superioridad de fuerzas y les forzó á retirarse con muchas pérdidas á la orilla derecha del Marne.

Blücher, en cuanto tuvo noticia de la primera de estas dos derrotas, se dirigió al encuentro del cuerpo de Kleist y dispuso que éste y los rusos del general Kapzewitz se retiraran precipitadamente hacia el camino que habían abandonado el día 10. El día 12 se encontraba ya con los dos cuerpos de ejército en Bergeres, al Este de Etoges, donde le salió al encuentro Marmont (4). Al día siguiente Blücher avanzó contra Marmont, lo arrojó hacia Champaubert y el día 14 hacia Fromentières y Janvilliers (en el camino de Bauchamps y de Montmirail), cuando de repente se presentaron grandes masas de caballería. Era la caballería de la guardia, que, mandada por Napoleón, regresaba á toda prisa de Chateau-Thierry para derrotar al general Blücher, después de haber derrotado á tres de sus generales segundos. Lo que entonces sucedió nos lo describe el coronel inglés Hudson Lowe en una memoria cuyo primitivo texto no se ha publicado todavía (5). «La caballería de la vanguardia prusiana, á las órdenes del general Zieten y del coronel Blücher, hijo del feld-mariscal, acababa de recuperar, sable en mano, seis cañones que se habían perdido en el calor de la persecución, y la infantería formada en columnas por batallones marchaba por las zanjas que se abrían á ambos lados de la calzada que atravesaba la aldea, cuando las masas rápidamente engrosadas de la caballería enemiga, entre las cuales se encontraba, al decir de los prisioneros, el mismo Napoleón, se arrojaron con furia sobre la caballería prusiana, se abrieron paso entre ella y fraccionándose luego atacaron con ímpetu en la llanura á las columnas de marcha de la infantería. Estas, al notar el movimiento, formaron los cuadros y se defendieron valerosamente haciendo un nutrido fuego por todos lados. Seis cuadros fueron atacados á la vez en un ancho campo que se extendía á la derecha de la aldea y los seis consiguieron rechazar al enemigo, mientras la caballería de la vanguardia, que entretanto había logrado reunirse, emprendía un nuevo ataque contra los escuadrones, entre los cuales el fuego de fusilería de la infantería había introducido el más espantoso desorden.

(1) Boie: *Horas decisivas en el cuartel general del ejército silesio, antes de comenzar la desdichada lucha de febrero de 1814*, en los *Anuarios para el ejército y la marina alemanas*, tomo XXVI (1878), pág. 53.

(2) Colomb: *Blücher en sus cartas*, pág. 99.

(3) Muffling: *De mi vida* (Berlín, 1851), págs. 118-121.

(4) Hudson: *Memoria*, Bergeres, 12 de febrero.

(5) Hudson: *Memoria*, Chalons, 15 de febrero.